

párese el que allí me llama; Nothung le pagará lo que le debo.

(Se va corriendo hacia el fondo y desaparece en la cima de las rocas entre densos nubarrones).

SIGELINDA (soñando).—¿Ha vuelto el padre? Aun está con el niño en el boque. ¡Madre, madre! el valor me abandona: esa gente extraña no me parece ni amiga ni pacífica. ¡Qué oscuros vapores! el aire pesa, el fuego abrasador se nos acerca, la casa arde, ¡socorro, hermano! ¡Segismundo, Segismundo! ¡Ah!

(Mira con creciente espanto á su alrededor. Invaden el escenario tempestuosas nubes, mientras va acercándose más el toque de las bocinas).

HUNDING (cuya voz suena detrás de las rocas).—¡Wehwalt! ¡Wehwalt! Preséntate al combate, si no quieres que te detengan los perros.

SEGISMUNDO (desde el desfiladero).—¿Dónde te escondes, que pasé por delante de ti y no te he visto? ¡Párate ya... que te pueda encontrar!

SIGELINDA (que escucha con mortal angustia).—¡Hunding, Segismundo! ¡si les pudiese ver!

HUNDING (sin vérselo).—¡Aquí, amante criminal: véngate ahora, Fricka!

SEGISMUNDO (cuya voz suena, también ahora, en la cumbre).—¿Me crees aún indefenso? ¡miserable! no me amenazas con mujeres, más vale que combatas tú mismo; sino, te abandonará Fricka! Mira; esta espada la arranqué sin temor del tronco que crece en tu casa; ¡prueba ahora su filo! (Un relámpago ilumina la cumbre sobre la que se ven peleando á Hunding y á Segismundo).

SIGELINDA (exaltada).—¡Deteneos! ¡matadme primero á mí!

(Se precipita á la cumbre de las rocas: pero un rayo de luz que sale de la derecha pasando por encima de los guerreros la deslumbra de tal modo que la hace vacilar. Alumbrada por este resplandor se ve á Bru-

nilda por los aires cubriendo con su escudo á Segismundo).

BRUNILDA (dentro).—Dale el golpe, Segismundo; confía en la espada de la victoria.

(Al descargar Segismundo á Hunding el golpe mortal, sale de la izquierda un resplandor rojizo de entre las nubes, y aparece Wotan por encima de Hunding y presenta la lanza á Segismundo).

WOTAN.—¡Atrás ante la lanza! ¡Rómpase tu espada!

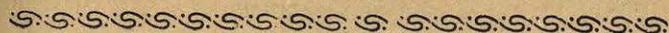
(Brunilda, espantada, retrocede al ver la lanza de Wotan. Al dar un golpe contra ésta, la espada de Segismundo se rompe. Hunding hunde la suya en el pecho del indefenso. Segismundo cae. Sigelinda, que ha oído sus últimos suspiros, dando un grito cae también desfallecida. Súbitamente se retiran los dos rayos de luz de ambos lados; reina profunda obscuridad: en medio de ella se advierte, aunque poco distintamente, á Brunilda, que se dirige veloz hacia Sigelinda).

BRUNILDA (á caballo).—¡Voy á salvarte! (Coloca á Sigelinda sobre su caballo, que estaba cerca del desfiladero y desaparece con ella. Se disipa la neblina del centro, y se ve á Hunding arrancando su espada del pecho de Segismundo. Wotan, rodeado de nubes, está detrás de él sobre una roca, apoyado en su lanza y contemplando con vivo dolor el cadáver de Segismundo).

WOTAN (después de un corto silencio, dirigiéndose á Hunding).—¡Vé allá, esclavo! arrodíllate ante Fricka: anúnciale que la lanza de Wotan ha vengado el ultraje. ¡Vete, vete!

(A su despreciativo ademán, Hunding cae muerto al suelo).

WOTAN (enfureciéndose de pronto).—¡Y Brunilda! ¡Tiemble la infeliz! ¡Cuán duro será mi castigo si llego á alcanzarla!



ACTO III

En la cumbre de un monte escarpado.—A la derecha, un bosque de pinos que cierra el horizonte por aquel lado.—A la izquierda, la entrada de una cueva que forma una gruta. Sobre ésta se alza una roca gigantesca. Hacia el fondo, la vista se espacia libremente; grandes peñascos rematan el borde de un precipicio que se supone existe más allá. Algunas nubes pasan como empujadas por el viento por encima de las más altas rocas.—Los nombres de las ocho walkirias, que además de Brunilda, salen en esta escena, son: Gerilda, Ortlinda, Waltrauta, Schwerleita, Helmwigia, Sigruna, Grimguerda, Rossweisa.—Gerilda, Ortlinda, Waltrauta y Schwerleita, se han colocado en la cima de la roca. Van armadas.

GERILDA (colocada en lo más alto y de cara al fondo del escenario).—¡Aquí, Helmwigia! ¡aquí tu caballo!

(En un nubarrón que pasa se ve á una walkiria á caballo. Cuelga de su silla el cadáver de un guerrero. Se oye gritar á Helmwigia).

HELMWIGIA (desde fuera).—¡Eh! ¡Hola!

ORTLINDA, WALTRAUTA Y SCHWERLEITA (llamando á la que se acerca).—¡Hola, hola!

(La nube con la walkiria ha desaparecido detrás del pinar).

ORTLINDA (gritando en dirección al pinar).—Trae tu potro al lado de mi yegua: ¡á tu tordo le gusta apacentar junto á mi bayo!

WALTRAUTA (gritando del mismo modo).—¿Quién cuelga de tu silla?

HELMWIGIA (saliendo del pinar).—¡Sintolt el Hegelingo!

SCHWERLEITA.—Separa á tu bayo del tordo; la yegua de Ortlinda lleva á Wittig el Irmingo.

GERILDA (se ha bajado un poco).—Como enemigo sólo vi á Sintolt y Wittig.

ORTLINDA (se va corriendo al pinar).—¡La yegua está dando de coces al bayo!

SCHWERLEITA Y GERILDA (soltando la carcajada).—¡Continúan la contienda de los jinetes!

HELMWIGIA (gritando dentro del bosque).—¡Quietos, bayo! ¡no perturbes la paz!

WALTRAUTA (revelando á Gerilda en el punto más elevado).—¡Aquí, Sigruna! ¿Dónde has estado tanto rato?

(Como antes Helmwigia, conducida por una nube, pasa ahora Sigruna en dirección al pinar).

SIGRUNA (cuya voz viene de la derecha).—Tuve que hacer: ¿están ya las demás aquí?

LAS WALKIRIAS.—¡Hola!...

(Sigruna ha desaparecido detrás del pinar. Desde lo más hondo se oyen dos voces á la vez).

GRIMGUERDA Y ROSSVEISA (desde abajo).—¡Quién va!

WALTRAUTA.—Grimguerda y Rossveisa.

GERILDA.—¡Montan juntas!

(Ortlinda ha salido del pinar con Helmwigia y con Sigruna, que acaba de llegar; las tres hacen señas hacia abajo desde la última roca).

ORTLINDA, HELMWIGIA Y SIGRUNA.—¡Bienvenidas, guerreras! ¡Rossveisa y Grimguerda!

TODAS LAS DEMÁS WALKIRIAS.—¡Bienvenidas!

(En una nube vivamente iluminada por los relámpagos, suben Grimguerda y Rossveisa á caballo, y desapare-

cen como las demás detrás del pinar. Cada una lleva á un vencido pendiente de la silla).

GERILDA.—¡Al bosque los caballos; que apacienten y descansen!

ORTLINDA (gritando hacia el bosque).—¡Separad las yeguas hasta que los héroes hayan depuesto su cólera!

GERILDA (mientras ríen las demás).—A la torda alcanzó el furor de los héroes.

(Grimguerda y Rossveisa salen del bosque).

LAS WALKIRIAS.—¡Bienvenidas! ¡bienvenidas!

SCHWERLEITA.—¿Vosotras tan valientes fuisteis juntas?

GRIMGUERDA.—Iba por su lado cada cual, pero hoy nos hemos encontrado.

ROSSVEISA.—Estamos ya reunidas; no tardemos pues y vamos á Walhalla para llevar á Wotan los muertos.

HELMWIGIA.—No somos más que ocho; aun falta una.

GERILDA.—Brunilda estará aún entretenida con el welsa.

WALTRAUTA.—Aquí tenemos que esperarla hasta que venga: el padre de las batallas nos recibiría enfurecido si llegásemos sin Brunilda.

SIGRUNA (en la punta del peñón, desde el cual mira hacia fuera).—¡Aquí! ¡aquí! Brunilda se acerca á todo escape.

LAS WALKIRIAS (corriendo hacia la punta de la roca).—¡Brunilda! ¡ah!

WALTRAUTA.—Hacia el pinar dirige su vacilante caballo.

GRIMGUERDA.—¡Jadeante llega Grane!

ROSSVEISA.—¡Nunca vi á una walkiria precipitarse en tan veloz carrera!

ORTLINDA.—¿Qué sostiene en la silla?

HELMWIGIA.—No es ningún héroe.

SIGRUNA.—Es una mujer.

GERILDA.—¿Dónde la habrá encontrado?

SCHWERLEITA.—¡No nos saluda!

WALTRAUTA.—¡Brunilda! ¿no nos oyes?

ORTLINDA.—¡Ayudad á la hermana á apearse!
(Gerilda y Helmwigia se precipitan al pinar).

ROSSVEISA.—Rendido cae al suelo Grane el
(Sigruna y Waltrauta siguen á las otras dos).

fuerte.

GRIMGUERDA.—¡Baja deprisa de la silla á la mujer!

LAS DEMÁS WALKIRIAS (corriendo hacia el pinar).
—¡Hermana! ¡hermana! ¿qué ha sucedido?

(Todas las walkirias vuelven al escenario; con ellas sale Brunilda sostenida y acompañada por las demás).

BRUNILDA (pudiendo apenas respirar).—¡Protegedme y ayudadme en mi mayor peligro!

LAS WALKIRIAS.—¿De dónde vienes tan precipitada? Sólo corre así quien huye.

BRUNILDA.—¡Por primera vez huyo y soy perseguida! ¡el padre de las batallas me sigue!

LAS WALKIRIAS (vivamente asustadas).—¿Estás en tu juicio? ¡Habla, dí! ¿Te persigue el padre de los ejércitos?... ¿huyes de él?

BRUNILDA (llena de temor).—¡Oh hermanas, mirad si desde la cima de aquella roca le veis acercarse! (Ortlinda y Waltrauta suben para observar.) ¡Decid, le veis ya?

ORTLINDA.—La tempestad se acerca por el norte.

WALTRAUTA.—De allí se levantan gruesos nubarrones.

LAS WALKIRIAS.—¡El padre de los ejércitos monta su caballo sagrado!

BRUNILDA.—¡El furioso cazador que viene á mi alcance se acerca por el norte! ¡protegedme, hermanas! ¡custodiad esa mujer!

LAS WALKIRIAS.—¿Quién es ella?

BRUNILDA.—Escuchadme, brevemente os lo contaré todo! Es Sigelinda, la hermana y desposada de Segismundo: contra los welsas arde Wotan enfurecido. Yo tenía que arrancar hoy la victoria á

Segismundo pero no lo hice, antes le protegí con mi escudo, haciendo frente al dios. Allí mismo le rindió con su lanza. Segismundo cayó, pero yo huí con la mujer: para salvarla acudo á vosotras y á pediros que también á mí me protejáis contra el castigo; estoy temblando.

LAS WALKIRIAS (consternadas).—¿Qué hiciste, hermana imprudente? Desgraciada Brunilda. ¡Desobedeciste el mandato sagrado!

WALTRAUTA (desde la cumbre de la roca).—Del norte se acerca oscura, tempestuosa nube.

ORTLINDA (desde el mismo lugar).—Con furor se dirige hacia aquí.

LAS WALKIRIAS (dirigiendo al fondo la mirada).—Encolerizado relincha el caballo del padre de las batallas; furioso se nos acerca.

BRUNILDA.—Desdichada de mí si me alcanza Wotan; á todos los welsas amenaza la destrucción. ¿Cuál de vosotras puede prestarme su caballo que aleje de él á esa mujer?

LAS WALKIRIAS.—¿También á nosotras quieres aconsejarnos que nos rebelemos?

BRUNILDA.—¡Rossveisa, hermana! ¡préstame tu caballo!

ROSSVEISA.—Nunca huyó mi caballo ante el padre de los combates.

BRUNILDA.—¡Helmwigia, óyeme!

HELMWIGIA.—Obedezco al padre.

BRUNILDA.—¡Waltrauta! ¡Gerilda! prestadme vuestro caballo. ¡Ortlinda! ¡Sigruna! ¡ved mi angustia! ¡Oh sedme tan fieles, como fiel he sido para vosotras: salvad á esa pobre mujer!

SIGELINDA (hasta ahora había permanecido triste y fría, mirando impávida delante de sí, cuando la abraza Brunilda como para protegerla).—¡No te angustie mi suerte: sólo la muerte me consuela! ¿Por qué me has alejado del combate? Allí en el ataque la misma espada que dió muerte á Segismundo habría acabado con mi vida! ¡jun-

tos hubiéramos expirado! ¡Oh Segismundo! ¡yo lejos de ti! ¡Oh muerte, cúbreme! ¡que no pueda ya pensar más en él! Si no quieres que por haberme salvado te maldiga, ¡oye mi súplica anhelante, húndeme tu espada en el corazón!

BRUNILDA.—¡Vive, mujer! ¡oh vive tan sólo por el amor! salva la prenda que de él recibiste: en tus entrañas llevas un welsa.

SIGELINDA (de pronto se estremece: luego brilla en su semblante un rayo de alegría).—¡Sálvame! ¡salva á mi hijo! ¡prestadme vuestro poderoso apoyo!

(Se desencadena una tempestad; el trueno se acerca).

WALTRAUTA (desde lo alto).—La tempestad se aproxima.

ORTLINDA (como la anterior). — Huya quien la tema.

LAS WALKIRIAS.—¡Afuera esa mujer! ¡que ninguna walkiria la proteja!

SIGELINDA (arrodillada ante Brunilda).—¡Sálvame, joven doncella, salva á una madre!

BRUNILDA (con pronta resolución).—¡Huye pronto y huye sola! Yo aquí me quedo y me ofrezco á la ira de Wotan: en mí haré que vengue su enojo mientras tú escapas á su furor.

SIGELINDA.—¿A dónde dirigirme?

BRUNILDA.—¿Cuál de vosotras, hermanas, recorre el oeste?

SIGRUNA.—Un bosque muy grande puebla el occidente; allí en una cueva guarda Fafner, convertido en dragón, el anillo del nibelungo.

GRIMGUERDA.—Poco seguro es aquel lugar para una mujer desamparada.

BRUNILDA.—Y con todo, no hay otro que mejor la proteja contra la venganza de Wotan.

WALTRAUT.—Terrible se acerca á la roca.

LAS WALKIRIAS.—¡Brunilda, oye el estruendo que anuncia su llegada!

BRUNILDA (enseñando á Sigelinda la dirección

que debe seguir).—Vete, pues, al oeste. Sufré con valor todas las penas y fatigas; tanto si te aflige el hambre como la sed, tanto si las piedras como si las espinas hieren tus veloces pies ó si te martiriza la pena, súfrelo todo sonriendo! Pues sabe, oh mujer, que llevas al héroe más valiente en tu seno protector. (Le entrega los pedazos de la espada de Segismundo.) Guárdale los fuertes trozos de la espada; logré recogerlos del combate donde sucumbió su padre; el que, de nuevo forjada, vuelva á blandirla, lleve el nombre que yo le doy, llámese Sifredo y goce en paz de la victoria.

SIGELINDA.—¡Oh prodigio maravilloso! ¡guerra admirable! ¡A ti debo el más dulce consuelo! Pueda un día, en recompensa, sonreírte mi gratitud. ¡El dolor de Sigelinda te bendice!

(Se va deprisa por la derecha del proscenio. La cumbre de las rocas está rodeada de negros nubarrones; espantoso huracán sopla del fondo; un resplandor, como de fuego, ilumina el bosque por un lado. En medio del trueno se oye el grito de Wotan).

WOTAN.—¡Detente, Brunilda!

LAS WALKIRIAS.—Jinete y caballo llegaron al peñón; desdichada de ti, Brunilda; ¡su venganza te alcanzó!

BRUNILDA.—¡Ay, hermanas, ayudadme! A mí me tiembla el corazón. Su cólera me aniquilará si no le calmáis.

LAS WALKIRIAS.—Ven acá. Que no te vea. ¡Acércate á nosotras y no contestes aunque te llame! (Todas se suben á la roca y esconden debajo de ella á Brunilda.) Lleno de furia se apea Wotan del caballo. Aquí se dirigen sus pasos vengadores. (Wotan sale del pinar enfurecido, y se para ante el grupo de las walkirias que están colocadas de tal modo en la altura, que esconden á Brunilda).

WOTAN.—¿Dónde está Brunilda la criminal? ¿Os atrevéis á esconderla?

LAS WALKIRIAS.—Terrible es tu furia. ¿Qué hicieron, padre, tus hijas, para excitarte á tal furor?

WOTAN.—¿Os burláis de mí? Guardaos de hacerlo: ya sé que escondéis á Brunilda. ¡Apartaos de ella, de la rechazada para siempre, de la que se despojó de su propia dignidad!

LAS WALKIRIAS.—Solicitó nuestro amparo. Tu ira la llenó de miedo y espanto. En favor de la temblorosa hermana te pedimos que depongas tu excesivo furor.

WOTAN.—¡Ah tiernos corazones femeninos! ¿Acaso os eduqué valerosas y os dí duro pecho, para que cuando castigase á una infiel os echaseis á llorar? ¿Sabéis qué falta cometió la que ahora excita vuestra ternura? Ninguna, como ella, conocía mis profundos pensamientos; ninguna sabía, tan bien como ella, el secreto de mis deseos. Y ella fué quien rompió la sagrada alianza, ella' quien hizo frente á mi voluntad y abiertamente se burló de mi mandato; ella la que empleó contra mí el arma que yo mismo le diera. ¿Lo oyes, Brunilda, tú á quien dí coraza, yelmo y armas, amor y encanto y nombre y vida? ¿Oyes que te acuso, y te escondes, cobarde, para eludir el castigo?

BRUNILDA (sale de entre las walkirias y se dirige con humilde, pero seguro paso, después de bajar de las rocas, á Wotan, parándose á corta distancia).—Aquí estoy, padre, dispuesta á recibirlo.

WOTAN.—No soy yo quien te castiga; tú misma lo hiciste. Sólo dependías de mi voluntad: te sublevaste contra ella; eras mi heraldo; te opusiste á mis deseos; eras mi escudero: levantaste contra mí tu escudo; eras mi consejera: contra mí díste consejos; tenías que llamar á los héroes á batalla: contra mí los llamaste. Wotan te acaba de decir lo que fuiste, ahora te diré quién eres. Ya no eres mi heraldo; ya no eres walkiria. Sé, pues, en adelante, lo que preferiste ser.

BRUNILDA (asustada). — ¿Me rechazas? ¿no me engaño?

WOTAN.—No serás ya mi mensajera; no te señalaré ya más héroes á quienes conducir al combate; ya no llevarás valientes á mi palacio; ya no me presentarás la copa en los alegres festines de los dioses; ya no volveré á besar tu boca inocente. Quedas separada del ejército divino y expulsada de la raza de los dioses; rompióse el lazo que nos unía; desterrada estás de mi presencia.

LAS WALKIRIAS (con desesperación).—¡Oh dolor! ¡Oh desgracia! ¡Oh hermana... hermana!

BRUNILDA.—¿Me quitas cuánto me diste?

WOTAN.—Aquí te destierro, en esta montaña; te sujeto á un sueño del cual sólo te despertará el primero que pase y te haga suya.

LAS WALKIRIAS.—¡Detente, padre! ¡retira tu maldición! ¿Acaso debe marchitarse la doncella esperando al que la despierte? ¡Oh! ¡Aparta esta vergüenza ignominiosa; hasta nosotras llegaría el oprobio!

WOTAN.—¿No oísteis cuánto os he dicho? La hermana infiel se ha separado de vuestro ejército; ya no cabalgará más con vosotras por los aires; sus femeninos atractivos le alcanzarán un esposo á quien en adelante obedecerá, é hilará junto al hogar sirviendo de blanco á todos las burlas. (Brunilda se postra de rodillas á los pies de Wotan; las walkirias lanzan un grito de horror.) ¿Os espanta la sentencia? Pues huíd de la expulsada para siempre. ¿Cuál de vosotras se atreve á quedarse con ella, afrentando mi furor? La que tal hiciere, con ella compartirá el castigo! Ahora alejáos de aquí y evitad en adelante esa roca. Idos pronto; aquí os acecha la desgracia.

(Las walkirias se separan unas de otras con gritos de dolor y entran en el pinar; en breve se oye el galopar de sus caballos. Poco á poco va calmándose la tempestad; las nubes desaparecen. Crepúsculo vespertino y

finalmente noche clara y despejada.—Wotan y Brunilda, que aún yace á los pies del primero, quedan solos.—Largo y majestuoso silencio; siguen Wotan y Brunilda en la misma postura).

BRUNILDA (alzando lentamente la cabeza y poniéndose en pie, busca la mirada de Wotan, que dirige los ojos á otra parte).—¿Fué tan grande mi culpa que mereciese tan vergonzoso castigo? ¿Fué tan vil lo que hice, que á tal punto me rebajas? ¿Tan deshonrosa mi falta que hasta la honra me quitas por ello? ¡Oh padre, dí! mírame, bien: aplaca tu ira. ¡Hazme ver claro este obscurísimo hecho que con tan inviolable rigor te obliga á separar de ti á tu hija más amada!

WOTAN.—¡Examina lo que hiciste y comprenderás tu falta!

BRUNILDA.—Cumplí tu mandato.

WOTAN.—¿Te mandé acaso que combatieses en ayuda del Welsa?

BRUNILDA.—Así me lo mandaste como señor del combate.

WOTAN.—Mas luego retiré la orden.

BRUNILDA.—Cuando Fricka te sustrajo tu propia voluntad: siguiendo sus consejos, te hiciste enemigo de ti mismo.

WOTAN (amargamente).—Siempre creí que me habías entendido, y por esto castigué tu imprudente desobediencia; mas si me creíste cobarde y torpe, no tendría que castigar una traición, sino condenarte sencillamente al desprecio.

BRUNILDA.—Aunque no lo sé todo, constábame que amabas al Welsa; conocía la discordia que te subyugaba y que tenías que posponer todo tu amor á distintas consideraciones, negando tu apoyo á Segismundo, aunque tu corazón se desgarrase.

WOTAN.—¿Y á pesar de saber esto te atreviste á protegerle?

BRUNILDA.—Porque en tu lugar veía lo que tú, ofuscado, no alcanzaste á advertir. La que en el combate sirve de escudo á Wotan, vió lo que tú no viste; vi á Segismundo. A él me presenté anunciándole la muerte, sentí su mirada y escuché su voz; vi el dolor que le devoraba; entristeciome su pena... la desgracia de su pasión; percibí el poderoso esfuerzo de su gran valor: escucharon mis oídos y vieron mis ojos lo que en lo más profundo de mi pecho estremecía mi oprimido corazón. Acobardada y admirada, sólo pude pensar en ayudarle, sólo en compartir con Segismundo la victoria ó la muerte; ¡quise seguir en todo su propio destino! Por el que infundió ese amor en mí y subyugó mi voluntad, me sublevé contra tu mandato.

WOTAN.—Con esto hiciste lo que tanto deseaba yo, y á lo que hube de renunciar después obligado por imperiosa necesidad. ¿Con tanta facilidad pensaste en gozar de las delicias del amor, mientras mi corazón soportaba indecibles angustias; cuando por fuerza, tuve que mostrarme enfurecido, y mientras por un mundo, tuve que impedir que siguiese manando en mi pecho la fuente misma del amor! ¿Mientras yo luchaba conmigo mismo y, despertando del desfallecimiento que me produjo el mismo pesar, tan sólo pensé en enterrar mi eterno dolor en las ruinas del mundo, tú te recreabas bebiendo y apurando sonriente la copa hasta el fondo? Déjate pues guiar de tu ligero pensamiento. Ya que te separaste de mí, vive apartada de mi lado. ¡Ya no atenderé más á tus consejos; ya nada podemos llevar á cabo juntos; mientras haya vida y aire, no volverá á verte el dios!

BRUNILDA.—De poco te sirvió la sencilla doncella, que no supo comprenderte, creyendo que le aconsejabas amar lo que amabas tú. Tengo, pues, que partir y no puedo. He de renunciar á verte más, ya que de ti alejas á un trozo de tu

mismo sér. Pero tú no querrás exponer al oprobio á tu hija, que llegaría á avergonzarse de ti, si la hicieses objeto de escarnio.

WOTAN.—¡Contenta fuiste en pos de las delicias del amor; sigue pues ahora al que tendrás que amar!

BRUNILDA.—Si he de partir del Walhalla alejándome de ti para siempre; si he de someterme á un hombre que me domine, no me entregues á cualquier cobarde y fatuo! no sea un sér indigno el que me obtenga.

WOTAN.—Te has separado del padre de las batallas; ya no puede escoger nada para ti.

BRUNILDA.—Tú engendraste noble raza; ningún cobarde puede nacer de ella: el héroe más valiente, lo sé, saldrá de los welsas.

WOTAN.—¡No hables de la generación de los welsas! separándome de ti me separo de ellos: ¡víctimas serán de la envidia!

BRUNILDA.—Yo, la que se separó de ti, yo los salvaré. En sus entrañas lleva Sigelinda el fruto sagrado; ella dará á luz con dolores, como nunca tuvo una mujer, al que temerosa en su seno abriga.

WOTAN.—No me pidas nunca que proteja á esta mujer ni al fruto de sus entrañas.

BRUNILDA.—Sigelinda conserva la espada que diste á Segismundo.

WOTAN.—Y que yo hice pedazos. ¡No intentes, hija, quebrantar mi firmeza! Forzoso te será resignarte á tu suerte: ¡yo no te la puedo escoger! Hora es ya de irme y alejarme de ti; tiempo há debería haberlo hecho; no debo conocer tus deseos; sólo, sí, ver cumplido el castigo.

BRUNILDA.—¿Qué castigo me impones?

WOTAN.—Te sumiré en profundo sueño: el que logre despertarte, aquél será tu esposo.

BRUNILDA (arrojándose á sus pies).—Ya que tu sentencia me condena á profundo letargo, expo-



niéndome á ser fácil botín de un hombre cobarde, oye la única súplica que te dirijo: protéjame, dormida, algo que infunda espanto y terror: ¡que sólo un héroe audaz y sin miedo logre llegar junto á mí, en la roca!

WOTAN.—¡Pides demasiado!

BRUNILDA.—¡Esto sólo imploro de tí! destroza, rompe en pedazos á tu hija, que se abraza á tus rodillas; pisotéala, máteme tu lanza: ¡pero no la entregues cruel á vergüenza tan atroz! (Con exaltación.) ¡Haz que circuyan la roca ardientes llamas que devoren á quien á ella se atreva á acercarse!

WOTAN (la mira conmovido).—¡Adiós, pues, oh hija valiente y hermosa! ¡noble orgullo de mi corazón! ¡adiós, para siempre adiós! ya que debo alejarme de ti y no puedo dirigirte cariñosas palabras; ya que nunca volverás á cabalgar junto á mí, ni á ofrecerme en el festín la dorada copa; ya que he perdido, para siempre, á quien amaba, á la alegría de mis ojos... ¡un fuego nupcial, como nunca ardió para novia alguna, te rodeará! Abrazadoras llamas circundarán la peña; atemorizado huirá el cobarde de la roca en que descansa Brunilda. ¡Sólo obtendrá la doncella quien sea más libre que yo, que soy un dios!

(Brunilda se arroja contristada y agradecida en sus brazos).

WOTAN.—Esos relucientes ojos, que tantas veces sonriendo besé, en tu entusiasmo por el combate, ó cuando tus amorosos labios balbucientes elogiaban al héroe; esos relucientes ojos que tantas veces brillaron para mí en la refriega cuando mi deseo pedía mundos enteros de delicia llenos, ¡por última vez me extasíó en ellos con el beso de la despedida! ¡Brillen sus estrellas para el más feliz de los hombres! Así, se separa de ti un dios: así besándote, te despoja de tu divinidad. (La besa en los ojos, y se cierran inmediatamente: Bru-

nilda se deja caer suavemente en sus brazos. Wotan la conduce á un blando lecho de plumas, sobre el cual extiende un pino las frondosas ramas. Una vez más, contempla su agraciado rostro; después, le ciñe el casco, y por fin cubre su cuerpo con el escudo de acero. Luego se encamina majestuosamente y con firme resolución al centro del escenario, dirigiendo la punta de su lanza hacia una gigantesca roca.) ¡Oyeme, Loge! ¡ven acá! Tal como te encontré, cual fuego ardiente; tal como luego tú huiste de mí cual errante llama: ¡así como antes te sujeté te sujeto hoy! ¡sube ahora, llama oscilante, y rodea el peñón! ¡Loge! ¡Loge! ¡aquí! (Dicho esto golpea tres veces seguidas con la lanza la roca de la cual surge una fuente de fuego que convertida luego en ardiente mar forma inmenso círculo alrededor del peñón.) ¡Quien tema mi lanza, no pase nunca á través de este fuego!

CAE EL TELÓN

EL ANILLO DEL NIBELUNGO

SEGUNDA PARTE

SIFREDO